

LA IMPRESCINDIBLE NECESIDAD DEL ESTILO EN EL ARTE Y LA LITERATURA

Carlos Garrido Chalén
Académico Correspondiente

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Literatura.
Arte.
Poesía.
Estilo.

Nuestro discurso de ingreso en la Real Academia de Córdoba, titulado "La imprescindible necesidad del estilo en el arte y la literatura", nos invita a reflexionar sobre la famosa frase de Georges Luis Leclerc, conde de Buffon, "el estilo es el hombre", entendiéndolo como la forma de expresión que distingue al poeta, a todo escritor, y lo identifica como reflejo o espejo de su personalidad.

ABSTRACT

KEYWORDS

Literature.
Art.
Poetry.
Style.

Our opening statement to Royal Academy of Cordoba, entitled "The essential need for style in art and literature", invites us to reflect on the famous phrase of Georges Luis Leclerc, Count of Buffon, "The style is the man", understanding it as the form of expression that distinguishes the poet, every writer, and identifies it as a reflection or mirror of his personality.

La literatura es el territorio de la totalidad. Es capaz de asimilar en su ámbito, aunque parezca eufemístico, todas las artes: la luz y la sombra, el cielo y el infierno, la verdad y la mentira, todos los axiomas, los conceptos y los rituales, la unidad y la desintegración, la convicción y la incertidumbre, la realidad, la ficción, la indiferencia y el asombro, porque no opera como el lenguaje común que es definitivamente su cómplice conjetural, al que abre con sus signos las puertas más inverosímiles.

El poeta, el escritor, el artista terminan por ser generadores —dentro de "la casa del ser" que es la Palabra a la que se refería Heidegger— de un esquema multiforme, de una estructura espiritual inmensa que corresponde configurar al talento creador: "Uno está en uno, es decir, todo está en todo".

La literatura es, ante todo, una herramienta de la intelectualidad al servicio de la humanidad, útil para mejorar el alma y promover nuevas y mejores pautas éticas a fin de enfrentar, desde la educación y la cultura, las grandes causas sociales de la desigualdad y la exclusión, que mueven y se mueven en el mundo imponiendo el poder y el lucro por encima del ser humano. No es que estemos dando vueltas y vueltas en el círculo de Fausto sino que acaso nos movemos en el torno de una razón, llamémosla esencial, que han ido delineando sinrazones y malos entendidos.

Eliphaz Levi decía, en uno de sus discursos, que “las leyes físicas son las muelas de las que cualquiera será el grano, si no sabe ser el molinero”; y explicitaba:

Estás llamado a ser el rey del aire, del agua, de la tierra y del fuego, pero aquel que aspira a ser un sabio y a conocer el gran enigma de la naturaleza, debe de ser el heredero y el espoliador de la esfinge: tener la cabeza humana para poseer la palabra, las alas del águila para conquistar las alturas, las nalgas del toro para labrar las profundidades, y las garras del león para abrirse camino a derecha y a izquierda, adelante y atrás.

Obvio es que ya no vivimos en tiempos de Trismegisto, Apolonio de Tiana o de esos prosélitos del infierno y aventureros sospechosos que fueron Cornelio Agripa, Juliano y Apuleyo, como para sostener en la actualidad que esas ideas aún pueden ser invocadas como válidas. Pero tanto hoy como ayer, el poeta —el escritor y el artista en general— tiene, en ese ir y venir que lleva a la totalidad (que algunos no entienden porque miran la realidad desde el foso de los prejuicios), un papel fundamental que se ve obligado a definir consigo mismo para diferenciarse de los demás o trascender dentro de este oficio, el de la escritura, en el que los egos no solo generan dilemas en el plano de la competitividad —en pleno siglo del conocimiento— sino también en el área de las envidias y las mezquindades, en donde se suelen solazar las ingratitudes más nocturnas.

Es en esa concatenación donde podemos comenzar a hablar sobre la imprescindible necesidad del “estilo” en el arte y la literatura, entendiéndolo como la forma de expresarse que distingue al poeta, al escritor, y sirve como estampa o marco identitario de su personalidad. Visto desde el terreno de las ejecutorias prácticas, el estilo es una herramienta indispensable que da textura y forma a lo que se escribe para cumplir el objetivo de la literatura que es primero generar belleza y luego llamar la atención, cautivar o impresionar al lector a través de los recursos que tiene a su alcance. El estilo dentro de ese ofertorio del arte y la literatura termina por definir la talla del artista, poeta o escritor, por ser la cualidad que terminará dando carácter distintivo a su obra, independientemente del pensamiento, el conocimiento, la experiencia y la razón.

Las ideas conforman el fondo del estilo, siendo su base el pensamiento y la emoción creadora su fuente fundamental.

“El estilo”, que para algunos es un ejercicio de la “subterranidad” —porque pocos se enteran de que lo cargan consigo o lo administran y menos lo identifi-

can—, es, desde el punto de vista social, político, académico, lingüístico, literario o artístico, una manera de ser, actuar y expresarse.

Sirve para diferenciar y distinguir a un ser humano de los demás, lograr la excelencia y superar el grave peligro del montón, la intrascendencia y la mediocridad que azota a muchas comunidades intelectuales del mundo, que generalmente son las que más presumen de perfección.

Por eso seguramente Georges Louis Leclerc dejaba escrito que “el estilo es el hombre”, para constatar que existe en todas las formas del acontecer humano como una manera de distinguir a un ser de otro.

El poeta y escritor, para distinguirse, sobresalir y diferenciarse en un mundo competitivo como el que vivimos, frente a los fenómenos de aculturación, revisión crítica y crisis de valores a los que se refería Umberto Eco, debe dotarse de ese recurso fundamental, que se consigue en el arrojo constante de un trabajo de búsqueda y descubrimiento, en el que intervienen las lecturas, la cultura heredada y adquirida y la perseverancia, pero también el propio talento, no solo para generar sus propios métodos o maneras conductuales, de la mano del saber, sino también para el logro de sus objetivos académicos y la búsqueda de la exquisitez.

El estilo, en ese sentido, es el signo diferenciador que permite a quien lo porta dar a lo que hace un sello personal, creando referentes, transparentando la personalidad de quien lo ostenta, sus conocimientos, capacidad, formación, puntos de vista, valoraciones personalísimas, sentido común, autocontrol y capacidad en lo que asume.

Por esto, hemos de declarar que no es invisible como algunos proponen y tampoco creemos que no se pueda definir. Es la forma en que el autor plasma lo que escribe usando rasgos propios, la expresión de la personalidad del autor, el rostro de su alma y su propia vida. En tal sentido dos elementos fundamentales lo integran: por una parte, la forma, perspectiva, prospectiva, técnica y hasta arte para expresarse y, por otra, la intensidad y profundidad con que se exteriorizan las ideas o propuestas.

Cada autor puede tener un estilo diferente y hay quienes no lo ostentan, porque solo son víctimas del contagio de otros estilos y repiten memorísticamente lo que aprenden, sin intentar siquiera la búsqueda del recurso propio que les permitirá diferenciarse del resto de los creadores.

Hay que tener cuidado. Muchos autores confunden lo que significa “el estilo” y lo visionan basándose en clasificaciones inventadas, atendiendo a cómo el autor ofrece o propone su obra. Pero “el estilo” va mucho más allá de esas connotaciones referenciales para constituirse en el todo del hombre, que se trasluce indefectiblemente en lo que proyecta y, finalmente, termina por caracterizarlo.

Trascenderá el que sabe transmitir lo que propone o enseña con las fórmulas adecuadas y las técnicas personales obtenidas por la experiencia, la asimilación o la

educación comparada o por ese rasgo identificador que inscribe, en la obra final, el talento.

El idioma es peculiar al temperamento del que lo usa, el resumen mental del escritor. El problema del estilo se resuelve en una lucha entre la realidad y el acuerdo de la expresión. Su precisión se logra mediante el dominio de la metáfora y todas las circunstancias que propician la totalidad del conocimiento para penetrar en el espacio del escritor y la potencialidad de los lectores para percibir lo que esta totalidad propicia.

La lingüista argentina Nora Didier, en su ensayo *La palabra y la comunicación*, afirma que “toda palabra es un no rotundo a la intemperie y debe vivir sin trabas para transmitir la espesura contenida”. En definitiva, el verbo o la palabra es el signo característico de la vida. Toda forma es el velo de mi verbo, porque la idea madre del verbo es la única razón de ser de las formas en las que todo carácter pertenece y retorna a un verbo que lo acciona. Por esta razón, lo que está arriba es como lo que está abajo y lo que está abajo es como lo que está arriba. La forma guarda proporción con la idea; la sombra es la medida del cuerpo y la vaina tan profunda como el largo de la espada. En ese estado de cosas, la inteligencia y la voluntad del hombre son instrumentos de un alcance y de una fuerza incalculable. Y la imaginación viene a convertirse en los ojos del alma, donde se dibujan y conservan las formas y se advierten los reflejos del mundo invisible y las visiones. El estilo, expresado desde nuestra perspectiva, “es un salirse de la indefinición”, leer con el alma lo que ofrece el mundo circundante para enunciar con precisión concluyente el pensamiento y producir un determinado efecto que es, al final, el objetivo.

Erasmo advertía que “el deseo de escribir aumenta escribiendo”. Epicteto afirmaba: “si deseas ser buen escritor, escribe”. S. Johnson apostillaba que “escribiendo aprendes a escribir”. Y V. Hazlitt repetía que “mientras más escribe un hombre, más podrá escribir”, aunque, como recordaba Swipt, “hay que emplear la palabra debida en el lugar debido”. Tes Nehuén declaraba que aunque “el estilo perfecto no existe, así como tampoco el autor impecable, el que nunca se equivoca (...) el oficio del escritor requiere en primer lugar el saber escoger las palabras exactas para decir aquello que se desea, consiguiendo expresar con claridad una idea, sin perder un estilo claro y auténtico”. Schopenhauer exponía que el estilo es la fisonomía del alma. Emerson que es la voz de su mente. Petrarca creía que el estilo no se aventura más allá del genio. Chesterfield aducía que es el vestido de los pensamientos. Lowell alegaba que el estilo es el gran antiséptico del alma. Sidney Smith lo catalogaba como el vehículo del espíritu. Amiel sostenía que el estilo es lo que da valor y uso al pensamiento y Alexander Smith que el estilo marca lo inmortal de la literatura.

El estilo es el sello que imprime el autor a su obra y el modo de expresar el pensamiento para traducir la personalidad. Por ello podemos argüir que todo autor verdadero posee un estilo inimitable, al punto que dos autores pueden parecerse al escribir pero jamás sus estilos llegarán a ser copia exacta del otro, aunque pongan la misma intencionalidad, incluso procurando que concurren el espíritu y la técnica,

porque la capacidad de expresar el dolor, la alegría, la angustia, la esperanza, el odio, el amor, el cinismo o cualquier otro sentimiento siempre es diferente entre una y otra persona, entre un creador y otro. El estilo es el modo peculiar que cada uno tiene para poner de manifiesto la belleza interna y circundante, extraída como un don de la privativa personalidad, sea cual sea la tradición o el bien cultural que comparta. En la literatura, es el modo personal que cada escritor tiene para manifestar o expresar esa belleza, utilizando como medio de expresión la obra literaria.

Todos los que han tratado este tema coinciden en expresar que existen muchas clases de estilo, y que cada una de ellas atiende a una característica determinada, con exclusión de otras, anotando que la clave para poseer un estilo, o mejorarlo si ya se tiene, reside en leer, meditar, practicar y corregir.

Así como el amor es una acción y una pasión, un vacío y un lleno, una flecha y una herida, la literatura es una puerta abierta a muchas dimensiones. O mejor dicho a todas; y el estilo un curioso recurso del poder visible e invisible que opera en el oficio creativo, que debe convertirse en una meta imprescindible para cualquier escritor o artista que se respete y respete sobre todo el ideal y la obra que promueve. Pues sin estilo jamás el escritor podrá ser medianamente identificado y menos ofrecer una obra trascendente en el espacio y el tiempo.